

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y á los portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

ALFAMA.

NOVELA ORIGINAL.

POR D. MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

I.

Ya los primeros rayos del sol tiñen de púrpura las elevadas crestas de los cerros que posteriormente habian de estar coronados de ermitas, de cuyas patronas hoy tienen los nombres de Santa Quiteria y de la Virgen de la Cabeza; ya la aurora abuyenta con su presencia las nubes hacia el occidente; y plega con sus rosados dedos la niebla que, cual parda cortina, habia cubierto la tierra; ya las gotas cristalinas del rocío se desprenden de las hojas de los árboles, entre cuyas ramas estendiendo los pájaros sus alas, miden con la vista el augusto espacio que van á surcar bien pronto.

Véase por entre la verde espesura vagar un objeto resplandeciente á intervalos eclipsado por una clara nube. El resplandor de aquel objeto es el sol reflejado en la brillante armadura de un guerrero, aquella nube el fino cenital, que cubre el rostro á una dama, flotado por el aura leve. También lleva el aura, envueltos con el aroma de las flores, suspiros del corazón.... exalados por un amante próximo á ver estibado su amor.

Montadas ambas en un corcel hábilmente manejado por el amancebo, dan algunas vueltas por el bosque, intrasitable en ciertos puntos, por las parras silvestres que se cruzan enlazadas á los troncos de los árboles. Páranse en lo mas frondoso, al llegar á una gruta formada naturalmente en la falda de un cerrito.

—Este es el sitio, dijo el caballero desmontándose é hincando una rodilla en tierra para que la otra sirviera de escalón á la dama.

—Es delicioso, exclama esta sonriéndose, después de haberlo observado un breve rato.

Encinas robustas y álamos seculares, impiden penetrar allí los rayos del sol, haciendo que reinen perpétuas sombras; se descubren á lo lejos hondos

precipicios y páramos, llanuras inculdas, solamente habitadas por animales feroces. El ruido sordo y continuo del viento estrellado contra las rocas, es capaz de infundir pavor en el corazón mas valiente, sin embargo este lugar recóndito parece delicioso á los amantes....

El caballero continua.

—Por fin, querida Alfama, estamos en un sitio donde ningun hombre podrá turbar nuestro reposo.... ni nuestros placeres, donde ningun estorbo se opondrá á nuestro amor, en esta soledad pacífica toda tú serás mía, y todo me consagraré yo á ti.

—Si, dulce embeleso de mi vida, contesta Alfama con una expresion dulcísima, toda será tuya, porque una fuerza irresistible me empuja hacia ti. Hace algun tiempo que me parecia imposible abandonar un padre idolatrado, jamás habia visto desprenderse una flor por sí sola del tallo de que naciera, y por seguirte, alma mía, ahora he abierto sus brazos que me estrechaban á su corazón, y he huido de ellos trayéndome los postreros vestigios de su ventura.... Vestoy contenta, mi amor inmenso acalla alguno que otro vestigio de tristeza que trata de turbar mi alegría, como aboga esa vaga y placida armonía del firmamento el triste quejido del ave. ¿Qué porvenir se presenta á mis ojos! unas veces, treparemos, unidas nuestras manos, esas montañas que no han repetido mas que el arrullo melancólico de las tórtolas, otras recostada en tu seno, contaré mis ilusiones por los latidos de tu corazón. Pero presiento que acostumbrado al ruido de las armas, como nacido en el fragor de los combates, no participes de mi estrecha felicidad en esta especie de desierto, bajo de esos verdes ramages, pabellones del templo magestuoso de la naturaleza.

—Alfama, no creas tal cosa, aqui tendré contigo, á mi lado la gloria del triunfo, la satisfacción de la victoria, y cuanto en la tierra puede haber apreciable.

—¿Tanto me amas?

—Tu no puedes comprender lo intenso de mi pasión.... No eres cristiana....

Al oír esta palabra Alfama impide proseguir á Salazar, sellando su boca con sus labios carmesíes.

El entonces olvidando esa religion que con frecuencia invocaba, obedece á los impulsos de su co

razón, y se entrega á los transportes de su loco amor....

¡Infeliz! ¿ignoras que una gran desdicha nos amaga cuando con más afán gozamos del placer?

¿No sabes que allí está la muerte donde la vida nos ofrece sus dones?

Mas.... un objeto viene arrastrándose cual si fuera un reptil, por el suelo, ocultando el bulto tras los romeros y tomillos, mayor es su celeridad cuanto mas se acerca á la gruta... Es un hombre que sigue las huellas de los amantes... ¿Qué torba es su ceño, cuán óera su mirada cuando llega á descubrirles! Entonces estaba Salazar de pie pronto á marchar de allí, Alfaima suplicándole que se quedara.

—No, dijo aquel, tengo que dar á Ursino unas instrucciones necesarias para el buen éxito de la empresa del rey de Castilla, y ya que la abandono no será causa de que se malogre. Esta noche vendré todavía á tus brazos para no apartarme ya nunca de ellos.

Y doblando su caballo desapareció de los ojos de Alfaima.

¿Quiénes son esos dos seres que van á sepultarse en una lóbrega caverna? ¿Quién es el hombre adusto que con tanta avidez los acecha? La historia de los tres es bien corta.

El año de 1175 estaba en la mitad de su carrera. Los pálidos reflejos de la luna habían alumbrado muchas noches las tiendas de los cristianos que cercaban á Cuenca, y la peste y la miseria habían diezmado los tercios aragoneses y de Castilla reunidos para su conquista. El rey don Alfonso IX no pudiendo mirar con indiferencia, sin dolor, los rostros amortiguados de sus soldados hambrientos, había marchado á Burgos á pedir socorros para sus tropas valientes á los nobles allí reunidos. Los socorros fueron negados con estrépito y desden.... ¿Pobres gentes! prodigais vuestra sangre en defensa de la patria, y aquellos que exclusivamente gozan sus beneficios os niegan lo necesario para vivir!... Como el rey, generoso español, no pudiese aliviar la triste suerte de sus soldados, estos se desbandaron en su mayor parte á robar para comer, no pesara sobre ellos la mayor responsabilidad de los horrores que engendra ese crimen destructor, no; sobre los nobles!...

Los moros se encontraban en no menor apuro y escasez, principalmente de agua, por haberles cortado el encañado los sitiadores; y á peligro de caer en manos de sus enemigos salían á por ella las mugeres al Júcar ó al Huécar. Un día vió Alfaima en la orilla de este río á Salazar, uno de los adalides mas sufridos y gallardos del ejército cristiano. También la vió el moacbeo. Trocáronse una mirada, se comprendieron, y olvidando uno y otro sus diferencias, el muro que los separaba, se amaron desde entonces.

Pero Alfaima nada olvidó. Habiéndose dedicado á la lectura del Alcorán, y de los libros de los filósofos mahometanos, y no teniendo bastante

disposición para comparar entre si las diversas sectas y decidirse por lo ménos absurdo, pero si demasiado entusiasmo para admirarlas á todas, pues en ellas contemplaba menos la verdad de la doctrina que la hermosura de la invencion, cuando vió á Salazar abrazó ciegamente la secta de Karam, rama de los setates, cuyos prosélitos sustentan que Ala tiene figura corporal como otro hombre. La musulmana divinizó al cristiano vivamente herida por su hermosura y afable espresion, le adoró como se adora á Dios, y si no accedió á sus instancias de que abrazara la religion católica, fue porque creía que Ala trataba de probar su constancia y su fe. Muchas veces se vieron Salazar y Alfaima, ya saliendo esta ya entrando aquel cautamente en Cuenca. El padre de la mora, ignorando su secreto trato, prometiéndola á Yussef, joven notable por su tereza y crueldad. Se opuso la mora, fué instada.... y al fin para librarse de la batalla de sentimientos y pasiones encontradas que sentia hervir en su pecho, venciendo con sus albagos la débil oposicion del cristiano, huyó de la poblacion á tiempo que Yussef rondaba las calles... Viólos y los siguió y alcanzó de la manera que sabemos ya.

Yussef, ya estás solo en un bosque sombrío y espeso con la muger que adoras, ¿vas á conseguir de ella por la fuerza lo que no has podido con tu amor? Son encontrados los sentimientos del sarraceno, es descompuesto el latir de su corazon y ¡cesa estraña! jamás se ha manifestado tan irresoluto como delante de su presa. Grande es su amor, y por eso con intención de satisfacerle, se muestra desde la cumbre de una montaña á Alfaima, que, sobrecogida de espanto al verlo, huye á lo mas escondido. Pero puede en él mas el deseo de vengarse y la venganza le aconseja esperar algunas horas.

Alfaima atribuye la aparicion á su fantasia. Llega la noche, y con ella Salazar á la gruta, donde le esperó impaciente la musulmana, con el *mahara* en los ojos y en la boca el surme, recostada voluptuosamente en un lecho de flores. Acércase á ella el amoroso joven, despues de haber tirado á un rincón las armas y armaduras como trastos inútiles.

—No estoy engañada, dice la mora, á no ser Ala ¿cómo me habia de causar un placer tan agradable tu solo contacto? y lo estrecha con efusión á su seno.

En tal momento Yussef, aparece, como un espectro horroroso, en la boca de la gruta con un puñal en la mano.

—¡Otra vez! esclama la ismaelita llena de pavor. Salazar, sin tener tiempo para revolverse se siente herido en el corazon... Pocos instantes vive.... solo los necesarios para mirar con un ojo el delito que no puede consumar, y columbrar la eternidad con el otro!...

La mora da un grito desesperado... horrendo, grito que acaba confundido con la carcajada infernal del asesino, que se deleita en ver las convulsiones de su victima espirante.

—¡ Dame la muerte! ¡le dice Alfama con acento desesperado.

—Si murieras, le contestó impasible Yussef, no te vería yo padecer.

Y la infeliz amante cae sin sentido en el lecho de rosas salpicado con la sangre de Salazar ¡Pobre cristiano! buscabas la ventura en el amor de una mujer, y la mujer casi siempre labra con su amor la tumba al cuerpo, ó la indiferencia al ánimo...

¡Pobre Alfama! hace poco tiempo decías que vislumbrabas un porvenir venturoso, y la desdicha te amagaba con su inmensa pesadumbre!.....

II.

No hay nada más triste, más pavorosa que una noche lluviosa en la soledad... son las nueve; ni el trueno, ni el zumbido del aire interrumpen el ruido monótono de la lluvia, ni el resplandor eléctrico de un relámpago rasga el negro espacio que entolda el firmamento, ni el brillo amortiguado de una estrella se descubre al través de la oscuridad... Solo una luz pálida, indecisa, qué á lo lejos se distingue, como un botón de oro, habé las tinieblas más tenebrosas... Esa luz única sale de un montón de ruinas cubierto de yedra silvestre, esas ruinas tienen por nombre *la venta de la Sisa*, sobre los escumbros malditos de esa venta se había de edificar un día el hermoso pueblo de Sisan-te. En la época á que nos referimos sirve de guarida á unos salteadores. Bien lo revela el desorden en todo que reina dentro, y particularmente las escenas que en la cocina tienen lugar. Esa habitación es lugubre, estremécese su débil techumbre de retama cuando rugé la tormenta, y las paredes denegridas por el humo le dan el aspecto sombrío de un calabozo.

Hay en ella seis bandidos. Dos, retirados á un rincón, cometen en una infeliz el crimen más horroroso que la tierra puede presenciar. Reparten otros dos en medio de la cocina los efectos de un robo, con la misma serenidad que pudieran tener dos hermanos al distribuir entres el pan de la limosna. Y por último, los dos restantes arimados á la lumbre, cuya luz rojiza da un carácter más siniestro á la escena, se entretienen contando las odiosas aventuras de su vida.

Pues mira, dice el uno, ya que has hecho de mí tal confianza, voy á darte una prueba de la que yo tengo en tí. Espero no abusarás de ella...

—¡Bah! hombre, siempre hemos sido amigos, prosigue.

El primer interlocutor, después de toser y tomar una postura grave continua:

—Ya te he contado el ardid que ha abierto á los cristianos las puertas de Cuenca, (1) cómo los

(1) Dice la crónica por tradición, que los cristianos, vestidos de pieles de ovejas, entraron por una puerta recomendada á la custodia de un ciego, el cual los dejó pasar señalándolos por rocas.

moros, huyendo desparavidos, se han refugiado en el alcázar inespugnable de Alarcón, te he dicho la causa por que yo he abandonado los tercios valientes que van á sitiarte, y no ignorarás la cautela con que vivimos para no caer en poder de los mahometanos, ni de los nuestros, que nos persiguen con guerra no menos cruda. Pues bien, con motivo de esa cautela estuve, como sabes, hace algunas noches de vigia en el árbol grande. Ruy ¡qué noche! la más horrorosa que he tenido en mi vida, y pienso tener en lo que me resta de ella. El mochuelo saltando del ciprés al pino, graznaba á intervalos con un chirrido fastidioso, y las ráfagas de viento chocaban entre sí las ramas secas, formando un ruido semejante al que harían el roce de unos esqueletos, y sacaba de esta chimenea un quejido agudo y prolongado, parecido al que exala el hombre próximo á espirar. La verdad, Ruy, un temblor frío se extendió desde lo íntimo de mi corazón al extremo de todos mis miembros... En aquel fatal instante se agolparon á mi memoria todos los cuentos más extraños que para entretener á la familia, contaba mi madre en las veladas del invierno. Estos recuerdos medrosos me hicieron pensar, por primera vez en mi mismo, y en verdad que me encontré repugnante, odioso. Mi corazón empedernido, mis ansias de sangre, mi alma agrida, porque amigo, triste de aquel que se considera criminal, y más triste si como yo, conociéndolo, no abandona la senda del vicio! al fin ignorándolo se cambia á oscuras, pero no entre espinas. Sentí en mis adentros un grito de reprobación, cierta inclinación á la virtud y sin embargo no la abrazaba. ¿Que fuerza poderosa y desconocida me empujaba al camino de la maldad?... Me acordé de Dios y del infierno, conocí que me cerraba las puertas del cielo, mi imaginación pintó á mi vista con los más negros colores los tormentos del mundo que debe existir más allá del sepulcro... y en medio del estupor que me agobiaba, cansado por tales rabilaciones, mi espanto creció de todo punto al verme metido en unas ramas azotadas por el huracán: de repente las nubes que agrupándose sobre mi cabeza, habían dejado el cielo negro como una iglesia entulada, fueron arrastradas con el mayor ímpetu por un torbellino, dejando ver la luna entre las estrellas, como un cadáver entre antorchas fatiadas, y pasar un objeto, envuelto en largas ropas, sobre los límites sin doblarlos.

—¡Un fantasma! exclamó Ruy asombrado.

—Oyeme, dejó mi corazón de latir, contuve la respiración y abrí cuanto pude los ojos, mis cabellos se herizaron de miedo como los pués del erizo al ver la culebra, recogí todas mis fuerzas para dispararle una flecha, y la flecha le pasó sin herirle, cual si hubiera sido una sombra. ¿Era una alma escapada del lugar de las tinieblas y del dolor, que venía á echarme en cara sus tormentos por no haberle dado tiempo para arrepentirse? No, pues en vez del olor de azufre dejaba tras sí una nube de aroma, como el que deja el incensario

que oscilan en la misa mayor. Se retiró al aparecer el alba, y el alba y vuestra presencia me infundieron algún aliento. Segun entonces me dijisteis, tal sería mi palidez, parecía que acababa de sacudir el polvo de las tumbas.

De la misma escena fui espectador dos noches consecutivas que me correspondió velar en el árbol grande.

Imposible me es darte una idea, ni aun ligera, de lo mucho que he sufrido esos dias de pena y de horror. El insomnio y las meditaciones debilitaron mi cabeza, y tú lo sabes, se torbió mi razón. Unas veces creia que la tierra daba vueltas á mi alrededor como un impetuoso remolino y se abrían en ella profundas cataratas, que vomitaban estas formidas mangas de fuego, las cuales venian á reconcentrarse á mis pies, en un punto solo como los rayos del sol á través de un cristal convexo. Me parecia otras veces que cogido de los cabellos, me subian con increíble velocidad á una elevadísima altura, desde la cual me arrojaban y caía zumbando, como la piedra despedida por la honda, por un espacio sin limites. Con este vértigo de delirio, despues de cruzar con ligereza suma y sin echarlo de ver, hace una semana, esos hondos precipicios y peligrosos derrumbaderos, llegué cansado y sediento al manantial que llamamos *Pozo-Arnero*. Allí por el grato frescor de las aguas, y por el magnífico espectáculo de la naturaleza que se ostentaba á mi vista, sintió mi corazón alivio y mi frente quedó descargada de un peso enorme. El sol se agrandaba y hundia á la vez, como sucede con la vida; se estendian las sombras por el valle, y un ligero vienteçillo columpiaba los colorines sentados en los juncos. También flotaba un velo blanco transparente; el mismo que llevaba el duende que de noche me perseguia. Ese duende es una muger....

Ruy al oir estas palabras se estremeció, y despues de santiguarse, lanza un grito de horror creyéndola un fantasma fatídico. Aquellos loragidos que arrancaban estúpidamente el corazón á un semejante suyo se asustaban de una mentira!...

—Nada, prosigue Manrique, es comparable á su hermosura. Ni las ánades libando la superficie del agua tienen tanta gracia, ni las vírgenes que adoran en los templos tanta espresion. Sobrecogido de respeto quedé sin accion delante de ella, al ver mi asombro me llama á su lado, me aproxima con veneracion religiosa, le ofrezco tímidamente la vida, y ella me exige... ¿qué dirás?

—Dios lo sabe!

—Mi amor.

—Manrique, tú estas loco ¿qué dices?

—La verdad.

—¡Jesus! es imposible....

—Oyeme hasta el fin. Todos los dias la veo y su amor me hace feliz ¿y quién no lo sería! Sus palabras de fuego, sus caricias apasionadas me commueven deliciosamente, me cuentan sus miradas.... ¡Ah! no sé yo calificarlas, me fascinan

y egieren tal influjo en mi sér, que para mí lo mas grato es adivinar sus deseos y poder satisfacerlos.

—¿Y quién es esa muger?

—Eso es lo que no te puedo decir. Con afán se lo ha preguntado varias veces, y ella siempre se ha desentendido, hasta ayer que me prometió decir mañana á la noche sin falta, la causa por que se habia retirado á la soledad, y el motivo que en este bosque la detenia.

—Manrique, esa muger es un puro misterio, y las tinieblas solo por ser misteriosas me asustan...

—Silencio, Ruy, que golpean la portada.

Un hombre de elevada estatura se deja ver en la cocina, á su presencia todos se levantan. Es el capitán de bandoleros.

—¿Qué tal ha ido, camaradas? pregunta con voz de trueno.

—Perfectamente, mi capitán, responden todos.

—¿Se trae tan buena presa como la que nosotros hemos pillado hoy? le interroga uno de los que hemos dicho que formaban la segunda pareja.

—No sé que tal es la que habeis traído, pero os aseguro que estimo tanto el pájaro que he cogido y tengo en el corral, cuanto trabajo me ha costado hacerle caer en la red, y ha sido mucho.

—Vámos á verlo! esclaman con alborozo todos á un tiempo.

Y echan á andar.

Una carcajada infernal estalla á la vez de aquellos pechos empedernidos, y gritan con estrépito y algazara ¡un moro! ¡un moro!

Le escarnecen y puzan sin piedad por todas partes, y el pobre moro sufre con resignacion aparente los baldones que le prodigan... ¡Nada mas natural! está vencido y al vencido todo el mundo le injuria... y esenpe! ¡Mentecatos! ¿no veis que haciendo mofa del hombre, os mofais de vosotros mismos?

—Machachos, dice el capitán, traedme un caballo; este, como la jornada ha sido buena, y la carga mejor, no puede ya con las herraduras.

—¿A donde irá el capitán? dijeron por lo bajo los bandoleros.

Monta Ruy á caballo y atravesando al moro, atado de pies y manos, en el arzon delantero, parte de la venta á escape.

Ese moro es Yussuf ¿por qué así lo trae el capitán de salvadores?

La muger misteriosa es Alfaima ¿con qué fin se ha mostrado á Manrique?

Para satisfacer estas preguntas es necesario que andemos el hilo interrumpido en el capítulo primero, mientras Buño llega al término de su viaje.

III.

La primera idea que se apodero de la musulmana al volver en sí, fué la de clavarse el mismo puñal que habia partido el corazón de su amado. Para la infeliz nada mas fácil, pero pensándolo bien

halló en la muerte de Salazar un misterio que exigía de ella otra cosa que un suicidio, misterio que a pesar de estar fundado en sus creencias religiosas ninguna lo aclaraba como su amado siendo, como creía Alá, no había evitado el terrible golpe? ¿Quería transigir á otro cuerpo para probar de este modo su constancia? ¿ó quizá según la opinión de los *Kofares* había dos principios, el del mal y el del bien, y en la lucha continua que sostienen había esta vez vencido el primero é impedido al segundo desarmar el brazo del asesino? ¿ó bien Salazar era solo un hombre, y según los *árabes* la causa de su muerte era el destino, su fatal estrella que se elevaba siniestramente sobre el horizonte que había creído de bendiciencia? Sea lo que fuere, en medio de esta cruel incertidumbre, de este laberinto de absurdos, se apoderó de su corazón la venganza, y para vengar al cristiano se dejó arrastrar por el torbellino de la vida.

¿Que situación la suya! La debilidad del cuerpo (no obstante haber tomado algunos alimentos de los prevenidos en la grotta de antemano) y el total desfallecimiento de ánimo la postraron con una violenta fiebre en el lecho de flores que para lábito de amor preparara, ¡Qué situación tan tremenda! aislada en un desierto, moribunda junto al cadáver fétido y sangriento de su amado, echo un infierno su corazón, dominado por sentimientos rencorosos y vengativos, ¡Ah! todo esto le hacía matar de la vida, y la contemplación de los miserables despojos de el hombre yerto á sus pies horrorizarse de la muerte; horrorizarse de la muerte, á pesar de querer persuadirse que para ella sería el sepulcro la puerta del paraíso donde la pondría Alá junto á sí, cual su *hori favoreita*.

Alfáima sacó fuerzas de la desesperacion y sintió alivio en la calentura que la abrasaba. Su primera diligencia, cuando pudo moverse, fué enterar el cadáver del castellano. Con sus propias manos cavó la fosa, y tuvo valor para echar la tierra sobre la tierra, pero no para saludar con una última mirada los restos hediondos del que fué objeto de su amor. No.... que su vista le causaba horror. Las facciones seductoras que ella había besado mil veces con amoroso delirio, eran roídas por inmundos gusanos, y su aliento, antes mas suave que el aroma de las violetas, espantaba ya á las mariposas y mataba á quien lo respirase, pues era el aliento de la muerte!....

Dejó por fin la musulmana aquel punto, tumba de su inocencia, de su amado y de su felicidad. Y se dirigió á otro donde poder esperar que el destino ó su imaginación satánica mas tranquila, le sugiriera un medio de llevar á cabo sus intentos. A poco rato de andar por aquellas breñas sin norte ni camino, sin mas porvenir que el de quedar insepulta en un derrumbadero pare pasto de animales carnicos, tropezó con una casita, poco tiempo hacia deshabitada al parecer, pues en ella encontró algunas provisiones, su no muy mal estado. Su presencia era sumamente pitoresca. Rodeá-

hala una plazuela, descubriase por la parte del Este en lontananza un bosque sombrío é intransitable, hacia el Sur se extendia una regular llanura plantada de vides y olivares, y los otros dos costados estaban resguardados por elevados cumbrones. Crecian en sus crestas algunos árboles frutales cuyas ramas tocaban las nubes, y de sus vistosas faldas brotaban unas á modo de sangrias de agua, que cayendo en espesa lluvia en un canal formado por la naturaleza, corrían mansamente por entre juncos y cañaverales regando los sáuces que le daban sombra. Aquí esperó Alfáima al genio de la venganza.

La infeliz no sabía los tormentos que le esperaban!... No había creído que tan intensos existieran en un mundo tan estéril de gozes... Ni menos que el mortal tan reducido é insignificante tuviera capacidad para sufrir tanto!

Sueños espantosos la acosaron la primera noche que durmió en la casita. Creyó en ellos nadar en el Eter (niñeno) y cruzar velozmente, atormentada por una odiosa pesadilla, del uno al otro polo. Creyó ver mas allá de gigantescos y pardos horizontes que servian de borde á un insondable abismo, una region brillante sin ser deslumbradora, fantástica sin guarecer el engaño, incomprensible sin parecer imposible, ornada de esplendidos iris dispuestos de tal modo que facilmente podia en ellos leerse ¡*Retrócedet!*... Soñó que habiendo llegado á los confines del mundo sensible, despues de haber tenido escondida su cabeza un instante en los pliegues de un dosel grandioso, eterno é infinito, se deslizaron sus plantas de un pavimento incorpóreo y se hundieron en lo mas lobrego y profundo del *Genus*. Ni aun en sueños pudo aguantar la vista de sus tormentos, y despertó sobrecojida de un vértigo horrible.

A los pocos dias se le hizo insufrible la soledad. Mal cuadraba el silencio del desierto con el tremendo rugir de sus pasiones desquiciadas. Si gritaba creía oír en el eco lugubre de las montañas una maldición horrible; si guardaba silencio no podia aguantar la voz solenne de la eternidad!... Si ponía el pensamiento en el pasado le atormentaba el recuerdo de su cariñoso padre abandonado y el recuerdo de su amor, si escudriñaba el porvenir tropezaba con el cuadro mas negro que puede concebir el mortal. ¡Desdichada Alfáima! Bien quisiera envolverse en un velo impenetrable y vivir solamente en el momento y para el momento, bien quisiera á veces *retroceder*. Mas lo primero estaba fuera de su alcance, que sería del mundo si el hombre pudiera sofocar el remordimiento! Lo segundo... ¡Ah! ¿por qué no hacia lo segundo? ¿por qué no abandonaba una conducta que le ofrecia tan profundamente los sinsabores? ¿Por qué no apostaba de una religion en que no habia consuelo?

Estaba una noche la infeliz recluinada en su aposento sobre una gaviila de musgo, con los ojos tapados y cerrados los ojos esperando de este modo no oír la gritería estrepitosa de su conciencia, ni

ver los fantasmas amenazadores de que se creía rodeada. Un viento fuerte hacía crujir las maderas carcomidas que sostenían la débil techumbre, cuyas goteras dejaban pasar el cálido resplandor de los relámpagos, que reflejándose en las gotas de la lluvia, parecían entonces á chispas de acero ardiendo, daban á la cocina el aspecto de una habitación del castillo de Satanás. El rúico estampido de los truenos, repelidos por el eco de los valles se asemejaba al crogiido de la rama del mundo al desprenderse del árbol de la creación, y al que, rotos los vínculos que unen la tierra, formarían al chocarse entre sí sus partes perdidas en el espacio como débiles hojas. En esta hora crítica oye Alfaima unos fuertes golpes en la puerta, cree que algún infernal espíritu viene en su busca, lo extraño del suceso le infunde valor. Abre resnetamente la puerta, y al resplandor de un rayo caído al tiempo mismo á sus pies, ve un hombre de colosal estatura, vestido de hierro. Este queda inmóvil de sorpresa delante de la inesperada aparición, y teniéndola por el ángel de las tormentas, ó por un mal genio bajo la figura de una mujer; ¡Jesus me valga! murmuró haciendo la señal de la cruz. Ambos, sin moverse guardan silencio, cada cual esperando con ansia suma que una exalacion eléctrica ilumine el semblante del otro. ¡Vano esperar! Las nubes se retiran ya con un rúido sordo parecido al que se advierte en las entrañas de un volcán próximo á arrojar las ardientes lavas que encierra y no puede contener.

—¿Quién hay aquí? preguntó con voz espantosa el desconocido cruzando el dintel de la puerta.

Alfaima asustada contuvo la respiracion cuanto pudo.

—¿Quién hay aquí? dijo nuevamente el desconocido, pero cómo la musulmana insistía en guardar silencio, sacando el de las armas su tizona y blandiéndola en todas direcciones; ¡yo encontraré, decía, la aparición que me ha asombrado sino es cosa del otro mundo! Un mandoble dió cerca de la cerradura mora, y otro la hubiera dividido al no contener con un débil suspiro suyo el brazo del incógnito en medio del círculo que trazaba.

—¿Quién hay aquí? preguntó por tercera vez en tono amenazador.

—Una mujer.... contestó Alfaima balbuciente.

—¡Y hermosa por cierto! y prosiguió buscándola con los brazos abiertos. Mujer, acercate á mí, dijo esta vez con voz mas templada.

—Tengo miedo, respondió la amante de Salazar temblando.

—No temas.

—¿Eres caballero?

—A veces.

—¿Y ahora?

—Lo seré contigo.

Sus manos rudas y toscas se encontraron con las pulidas de Alfaima, é insensiblemente fué acercándola á su corazón. Sus talidos descompuestos correspondían á los desordenados del de la mora,

y un relámpago, postrer esfuerzo de la tormenta, alumbró súbitamente el rostro á ambos.

El incógnito era Rufe, ¡mucho debió gozar en aquel soleado momento!....

(Se concluirá.)

LOS TURCOS O TATAROS DE KAZAN.

Entre todos los pueblos del Asia que la Rusia ha reunido en su imperio en el espacio de cuatro siglos, ninguno le ha proporcionado una conquista tan gloriosa y útil como los tataros, ó por mejor decir los turcos de Kazan, pues en ninguna nacion de aquella parte del mundo se encuentran en mayor grado las calidades preciosas y efectivas que constituyen la fuerza y la solidez de un estado. La civilización de estos turcos, sin embargo, no es de ningún modo artificial ni imitadora, antes bien les pertenece por entero, y lleva consigo un sello particular, de tal modo que cuando en 1552 fueron subyugados por los moscovitas, les aventajaban ya en las artes útiles y en las costumbres domésticas. La actividad comercial que ha sido siempre una de los principales caracteres de Kazan, lejos de amortiguarse, ha tomado sin cesar un nuevo empuje, y hoy día se presenta en ella la industria en el estado mas brillante. A mas de laboriosos y activos, son los tataros sóbrios, castos, sagaces, prudentes y hospitalarios, con estar sumamente adictos á las prácticas y á los principios del islamismo, se muestran muy tolerantes para con los cristianos. Gozan sus mugeres mayor libertad de la que acostumbra tener el sexo femenino entre los musulmanes, pues se presentan á los ojos de los extranjeros sin que los hombres conciben el menor impulso de celos. La familia es una verdadera monarquía patriarcal, perteneciendo el poder absoluto al padre, que usa de él siempre con discrecion y prudencia. Aunque el Alcoran les permita la poligamia, los tataros toman segunda muger solo en el caso en que la primera no pueda darles posteridad, y aunque entonces la mas jóven ocupa el tálamo, se guardan á la mas antigua todos los respetos y miramientos.

Los tataros de Kazan han conservado en sus trages y habitaciones el gusto y las costumbres orientales sin dejar de acomodarlos á los cambios exigidos por una notable diferencia de clima y de temperatura. Sus casas la mayor parte de maderas, están cubiertas de elegantes tapices y de muchas sotas; chimeneas de diferentes clases esparcen en ellas un calor igual y dulce, y como en los demas puntos de la Rusia, la industria del hombre ha triunfado del rigor del frio.

Su traje es, como acabamos de decirlo, enteramente oriental; los hombres llevan una túnica de lana sujeta por medio de un ceñidor, sobre la cual visten un ropaje ancho y flotante, cuyos pliegues



Tátaros de Kazan.

graciosos y hábilmente dispuestos, dán á los tátaros un aire de noble simplicidad: afeitanse ordinariamente la cabeza, y calzan botines. El vestido de las mugeres no se diferencia mucho del de los hombres, solo que es menos ancho y mas corto, y que la faja ó ceñidor en lugar de sujetarles la túnica, sirve para apretar el ropaje exterior. Su tocado consiste en un capuz cónico adornado de corales y de bujías de vidrio, pendiente de el una larga estofa que baja hasta las caderas y pudiera servirles de velo. Estas turcas disponen su singular tocado con un gusto y elegancia indecibles, pero la coquetería es en ellas una perfeccion mas, pues nunca ha contaminado sus costumbres.

Los tátaros de Kazan tienen en general muy buena figura, aunque su estatura no sea mas que mediana: sus ojos negros y vivos, su aire varonil y guerrero que no escluye la dulzura, ni la amabilidad de la fisonomía, se aunan con el traje para darles nobleza y gracia: muchos llevan además la barba erecida, lo que acaba de hacerlos imponentes.

Estos pueblos, aunque sometidos á los rusos, han conservado casi todos sus privilegios, sin duda á causa de su espíritu guerrero é independiente, que, quieras que no, ha debido respetar el vencedor. Han conservado el uso de la lengua de sus padres, es decir el turco, que hablan aun con toda pureza. Al conocimiento de su idioma añaden frecuentemente el de varias artes, principalmente el de la música, siendo muy aficionados á una especie de arpa llamada *gousli*, de la cual arrancan armoniosos sonos; y no es muy raro el encontrar entre ellos hombres muy familiarizados con el ruso y con el *houkhar persa*.

Kazan, aunque enteramente rusa, viene á ser el punto de interseccion entre la civilización europea y la asiática: residencia de un gobernador y de una célebre universidad, rival de Moscou por la elegancia de sus fiestas y el lujo de sus banquetes, punto de reunion de la mejor sociedad de Rusia, contribuye, y no poco, á conservar el estado de prosperidad de los turcos moscovitas.

BIBLIOTECA

POPULAR ECONÓMICA.

Próxima á terminar la publicación de la **Historia de la Revolución Francesa**, por Thiers, que constará de seis tomos, según ya dijimos, hubiéramos querido dar inmediatamente despues la del **Consulado y el Imperio** del mismo autor, como continuación que es de aquella: pero salen á luz en Paris los tomos de esta obra tan despacio, que nos vemos imposibilitados de realizar nuestro deseo, so pena de tenerla que interrumpir, despues de empezada, por un tiempo indeterminado, cosa de mal efecto siempre, y en nuestra **BIBLIOTECA** imposible, por la rapidez con que se hace la impresion y distribución. Para evitar este inconveniente daremos entre tanto el **Manual de Historia Sagrada**, que forma parte de la preciosa colección de manuales que sobre todos los ramos de historia hemos ofrecido. La extraordinaria aceptación que han tenido los dos manuales de **Historia Romana** y de **Mitología** que van publicados, al extremo de no quedar ni un solo ejemplar del último, y muy pocos del primero, nos ha convencido de la importancia que el público da á esta clase de libros tan útiles, tan necesarios y que tanto escasean entre nosotros: la **Historia Sagrada** que ofrecemos está escrita igualmente con tal claridad y exactitud, de un modo tan nuevo é interesante, que no tememos asegurar que hallarán gusto en leerla aun aquellas personas menos aficionadas á esta clase de producciones; su traducción la hemos encomendado á una pluma ejercitada, y ciertamente que en esta parte nada dejará que desear: tiene la ventaja ademas de estar reducida á un solo volumen, de modo que el adquirirla costará una pequenez á los suscritores. Habiéndose de publicar mas adelante los manuales de **Historia Antigua**, **Historia de la Edad Media** é **Historia Moderna**, según lo prometido y como complemento de nuestro proyecto de abrazar la Historia universal, no podíamos dispensarnos de dar la preferencia á la **Historia Sagrada**, como la hemos dado

á la Romana y á la fabulosa ó Mitología, porque así es mas fácil la inteligencia de las otras.

Para la segunda sección habiamos ofrecido dar despues de los **Misterios de Paris**, que concluyen en el tomo 4.º que se está repartiendo, el Guzmán de Alfarache; pero varias personas nos han manifestado que sería mas del gusto de los suscritores alguna obra moderna, y nosotros que en este particular no tenemos otro deseo ni otro interés que el de complacer á los que nos favorecen, nos hemos decidido por las **Aventuras de Nigel**, novela de Walter Scott, buena como todas las de tan celebre autor, y que tiene la ventaja de no haberse traducido ni ser conocida en España. Constará de dos tomos poco voluminosos, de los cuales el primero está ya en prensa y se repartirá con el último de la **Revolución Francesa**.

Al empezar estas obras estrenaremos una magnífica fundición, con la cual y el papel, que es en el día y será siempre esquisito, nuestra **BIBLIOTECA** nada dejará que desear en elegancia, como nada deja ya que desear en baratura. Mucho antes que estas obras concluyan, daremos un nuevo prospecto que espresará las que han de seguirles, las mejoras, que sin alterar las bases ni el precio de suscripción, nos proponemos llevar á cabo para dar mayor importancia y mas interés á la **BIBLIOTECA**, el **Regalo** que por Navidad recibirán todos los suscritores constantes á una ú otra sección, regalo que será una verdadera novedad porque no ha de parecerse en nada á los distribuidos hasta ahora, y las demas ventajas en fin, que obtendrán los que con su constante auxilio contribuyen al mantenimiento de la empresa y nos facilitan los medios de poderles manifestar nuestro reconocimiento.

Madrid 25 de agosto de 1845.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.
DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.
Calle del Sordo, núm. 11.